

IMAGEN Y CAPTACION DE VOTOS

SERA preciso, para que la vida pública española se ordene de alguna forma, salir de lugares comunes, de ideas adquiridas, de esquemas propagandísticos viejos. Y renovados sobre la misma vetustez de los tópicos. No parece fácil. En el terreno de las ideas, de las aplicaciones a la realidad española de modos políticos, hay un enorme vacío. Desde las fuentes del poder como desde las de la oposición. La imaginación está muerta. Y la dinámica de la vida pública, embarrada. Cierto que el mundo en torno no ofrece tampoco demasiados estímulos políticos: hay una gran crisis en el Este como en el Oeste.

LOS dirigentes de los partidos ya legalizados por la nueva ventanilla van hablando en televisión: van exponiendo brevemente unas ideas y asomándose por primera vez a un público de millones de personas. Quizá les influya el respeto al medio, la ambición de ser gratos a todos y de prender en la vida nacional. Es una primera experiencia que, en general, no ha resultado demasiado buena. Falta brío, falta alguna acometividad. La oposición parece haber adoptado la imagen de no asustar, de no preocupar demasiado al país: de hacerse perdonar el hecho de encontrarse en la oposición. Claro que no se trata de asustar a nadie, pero sí de alguna mayor entereza en la estancia pública. Parece como si, interiormente, los dirigentes de la oposición quisieran decir: "Ya ven ustedes, nosotros somos los rojos, los demócratas, los liberales. Vean ustedes cómo somos buenos y sensatos, cómo no somos subversivos y aceptamos las reglas del juego". Una situación demasiado obvia como para recalcarla. El país ya lo sabe. Y el país necesita opciones, necesita programas, vías, discusiones, alumbramientos de ideas y de soluciones.

DA la sensación de que la pacatería de la oposición se está mostrando también en lo que todavía no se sabe si llamar negociaciones con el Gobierno, o conversaciones, o contactos. No parece que en los temas de la Ley Electoral se

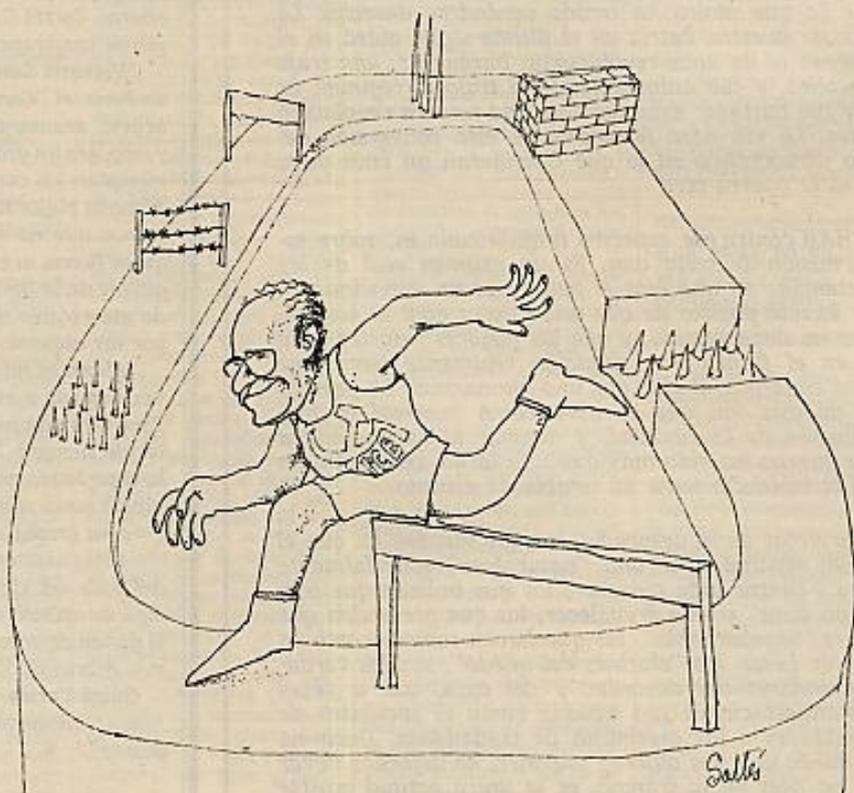
haya avanzado mucho. Ni siquiera se ha debido conseguir la reducción de la edad de votar a los dieciocho años cumplidos, dejando fuera de la opción de elegir a unos ciudadanos que están protagonizando diversas acciones de la vida nacional. Aún parece que no se ha planteado siquiera con otra entereza que hubiese sido más justa: la de la reducción de la mayoría de edad, como se ha conseguido ya en la mayor parte de los países occidentales. La entrada en la vida de los jóvenes —en la vida oficial, en la vida pública— parece un regateo de votos: los que creen que los jóvenes votarían por una izquierda general, los que por la misma razón les impiden votar.

COMO en las peores caricaturas de la democracia, todo se está planteando ahora en un terreno de ambición de votos. Cierto que la lucha electoral es eso, pero sólo en la superficie, si no se quiere caer en los vicios más denuncia-

dos en el mundo. Los votos nunca deben considerarse como una finalidad, como una acumulación de capital político, sino como una consecuencia de la garantía que ofrezca el votado de renovación de la vida nacional.

OTRA batalla perdida por la oposición: la amulación del señor Carrillo como miembro de la comisión negociadora de la cuestión de las nacionalidades.

ES una batalla que tampoco gana el Gobierno. Si la oposición da la sensación de estar cediendo a las presiones gubernamentales, el Gobierno sigue dándole de estar sometido a las de la gran derecha. El Partido Comunista puede dar esta prueba de realismo político, de gran sensatez al no querer convertirse en obstáculo para una negociación —y repetimos que no es ni siquiera fácil dar el nombre de negociación a estas entre-





La anulación del señor Carrillo como miembro de la comisión negociadora de la cuestión de las nacionalidades no es una batalla perdida sólo por la oposición democrática, sino también, frente a la derecha más intransigente, por el propio Gobierno.

vistas— y dejar de esta forma un poco al descubierto que los obstáculos para llegar a un acuerdo son otros. Le había costado mucho esfuerzo llegar al puesto que ahora abandona. Pero asombra ver que uno de los grandes problemas del momento político actual es precisamente el señor Carrillo, y que se acepta con tanta facilidad su condición de aguafiestas, de inoportuno. Los problemas son otros y de mayor envergadura.

COMO también son otros los problemas encubiertos por la renuencia al Partido Comunista. Si la gran derecha hace hincapié en ese tema es, como siempre, para atajar otros. La legalización del PCE ofrece ahora dudas considerables, después del rápido y fácil paso por la nueva ventanilla de los otros partidos de la izquierda. Puede ocurrir que el Gobierno quiera lavarse las manos de esta responsabilidad de legalizar, lo cual tampoco sería nada brioso ni nada audaz: puede ocurrir que vaya al Tribunal Supremo, que se agoten los plazos, que se encuentren defectos formales y que se requiera nueva documentación, nuevos trámites. Se iría el tiempo, se quedaría el Partido Comunista fuera de las elecciones. ¿Qué harían, en ese caso, los otros partidos de la oposición? Los partidos ya legalizados, ¿optarían por continuar su carrera o se quedarían en suspenso ante este juego? Los partidos que forman la oposición democrática no tienen muchos puntos en común con el Partido Comunista, y pueden llegar a ser algunos de sus peores enemigos en una vida democrática normal. Lo que tienen de común, hasta ahora, es el de haber sido considerados parias de la política. Y el de considerar que la defensa de unos es la defensa de todos. ¿Queden desaparecer las condiciones en que se han movido hasta ahora y decidir que ha llegado para cada uno la idea de correr en esta carrera, dejando atrás a quien sea?

PUEDE ocurrir, en efecto. Nos encontramos de nuevo con el problema de la política de votos, problema que hemos de repetir que es común con todas las democracias, pero que en España se presenta todavía con unas características especiales, como consecuencia de la irregularidad de la situación actual. La oposición sabe, sin embargo, que si no hace fuerza en sus peticiones y si no conserva su unidad coyuntural, si la Ley Electoral no es conforme a sus peticiones mínimas —ya se han dejado mermar una cantidad importante de votos y de adhesiones al perder la batalla de la mayoría de edad—, sus posibilidades parlamentarias van a ser mínimas, lo cual es importante en un Parlamento al que se le está dando previamente carácter de constituyente. Algunos de los grandes dirigentes de la izquierda parecen ya acomodados a que van a perder las elecciones, y que su batalla ha de ser para cuando se celebren las próximas. Cuatro años después —si es que los Parlamentos se establecen por cuatro años—, porque la idea de que se disuelvan antes y se convoquen elecciones anticipadas no parece congruente por ahora. De la misma forma se acomodaron a la idea de perder el referéndum: y, en efecto, lo perdieron. Por falta de plasticidad, por falta de adopción de algunas ideas realistas. Podría ocurrirles lo mismo con las elecciones generales, si parten, como lo están haciendo, de un escepticismo y de un derrotismo inicial, y de una política equivocada, que es la de la venta de la imagen. Hasta tal punto se han dejado arrastrar por una forma de sociedad inventada por la derecha del mundo, y fácilmente implantada en España. Para la izquierda, la captación de votos y la difusión de su idea no deberá depender nunca de una mejor o peor imagen, y de un oportunismo de urgencia de captar puestos en lo inmediato. Es un trabajo en profundidad el que hay que hacer. Un trabajo naturalmente difi-

cil, sobre todo con el poco acceso a los medios de comunicación de masas.

PERO la izquierda tiene otra fuerza. La de que el Gobierno necesita una oposición para consolidar su imagen —y en este caso sí que se puede hablar de imagen, con todo el vicio que supone esta expresión— de democracia. Necesita enseñar a los otros países de Europa un Parlamento con abundancia de partidos políticos, sobre todo de los que son similares a las grandes corrientes europeas. No le piden más desde fuera. Si la oposición se niega a entrar en el juego a menos de que las condiciones sean correctas y válidas, el Gobierno tendría que ceder. Como ha ido cediendo a lo largo de todo este tiempo, si consideramos como una continuidad todos los Gobiernos de la Monarquía, desde los presididos por el señor Arias Navarro hasta el del señor Suárez. Está claro que si el primer Gobierno Arias Navarro, con su inflexibilidad y su carácter de barrera, hubiera sido suficiente para colmar las exigencias del pueblo español y las necesidades de justificación de los Gobiernos extranjeros, no se hubiese dado ningún otro paso. Hubiese sido suficiente con lo conseguido. Si la oposición en grupo se niega a participar en un movimiento electoral que no le ofrece garantías, este movimiento tendrá que abrirse más.

SI todo sucede como está previsto, habrá elecciones a principios de junio. Estamos terminando febrero: faltan tres meses. En estas vísperas todavía no se conoce la Ley Electoral, y aún se decía al terminar la semana pasada que no estaba madura. ¿Pueden aceptar los partidos políticos que siguen estando mal tratados dentro del cuerpo del Estado ese breve plazo para presentarse a unas elecciones que van a estar dominadas por la televisión y por el aparato del Movimiento, que no consiguen desmontar? ¿Es lícito que las acepten si hay discriminación con partidos políticos? ¿Va por este camino la izquierda hacia un suicidio? Son preguntas de difícil respuesta. Pero que expresan una inquietud bastante real. Por una parte, urgen las elecciones que pudieran ayudar a normalizar la vida pública del país (aun teniendo en cuenta lo que parece haberse olvidado: que la Ley de Reforma sigue siendo escasamente democrática y que la soberanía del Parlamento va a estar muy limitada); por otra parte, celebrarlas sin garantías supone hipotecar la vida política durante cuatro años, en los cuales se pueden establecer bases que aumenten mucho más aún el plazo de la hipoteca política. ■